

LA MISA



¿Por qué y por quién murió Jesucristo? Las respuestas a estas dos preguntas nos pueden llevar a ser salvos, perdonados de nuestros pecados, y hechos hijos de Dios. La muerte de Jesús fue un sacrificio, pero diferente a cualquier otro sacrificio. El de Jesús fue “una vez para siempre” y nunca más se repetirá. Él nunca tendrá que sufrir de nuevo (Heb 9.25-26; 10.12; 7.27). Lo interesante es que en este caso, tanto el sacrificio como el que lo ofreció era la misma persona.

Este punto es bien importante, porque Jesús “se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios” (Heb 9.14). Nosotros, que somos pecadores, no tuvimos parte alguna en el sacrificio de Cristo. Dios lo hizo todo. Cristo dijo desde la cruz: “Consumado es” (Jn 19.30). La salvación ofrecida por Dios no es un caso de “Jesús ya hizo su parte, falta la suya”, porque ¡no hay una parte nuestra! ¡Todo está hecho! Por la fe, el pecador puede confiar en Cristo, recibéndolo como su Salvador personal.

Entonces, ¿qué pasa en la misa? Según Tomás de Aquino, “al sacrificio eucarístico también se le llama misa (enviada), porque el sacerdote envía preces a Dios a través del ángel, como el pueblo las envía a través del sacerdote.

O porque Cristo es para nosotros la víctima enviada” (Suma Teológica, IIIa, q83, a4, ad9). Al decir enviada, quiere decir que Cristo, como víctima sacrificada de nuevo, es ahora enviado nuevamente a Dios “por el ángel para que sea acepta”. Sin embargo, esto no es bíblico. Cristo no fue enviado a Dios por nadie, sino que Él mismo se sacrificó y “lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo” (Heb 7.27). En ningún sentido Jesús es una víctima. Él es el Sustituto, el Salvador. ¡Jesús es el Señor ya resucitado, vivo, glorificado, y que pronto volverá!

¿Qué hacen, entonces, los cristianos cuando comen la Cena del Señor? Justo antes de morir, Jesús instituyó una cena conmemorativa y les pidió a sus discípulos que comieran esa cena en memoria de Él. La cena consistió en cosas ya disponibles en la mesa, pan y vino. Jesús tomó estos símbolos en sus manos diciendo: “Este pan es mi cuerpo, que por ustedes entrego; hagan esto en memoria de mí”. Luego tomó la copa y dijo: “Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; hagan esto, cada vez que beban de ella, en memoria de mí” (1 Co 11.23-26 NVI). De una manera muy visible, Jesús les dio la manera de retenerlo en sus memorias,

proclamando así su muerte hasta su venida.

Hay algunos que piensan que el pan y el vino se convierten en la carne y sangre literal de Jesús (Jn 6.53), pero en esa ocasión Jesús le hablaba a una multitud obsesionada con el pan literal que acababan de comer. Jesús les explicó que Él era el pan que descendió del cielo (Jn 6:51) y que sin comer de “ese pan”, o sea, participar de Él mismo, uno jamás podría gozar de la vida que realmente importa: la vida eterna (1 Jn 5:12).

La Cena del Señor es un momento especial, hecho en memoria del sacrificio que Jesús hizo una vez para siempre. Jesús no es sacrificado de nuevo ni tampoco necesita ser ofrecido o presentado de nuevo. ¡Una vez fue suficiente para siempre, y para todos! Simplemente, el Señor es disfrutado, amado, adorado, apreciado y recordado por los que reconocen que “Él murió por mí”.

Daniel Harvey



Publicaciones Pescadores
publicacionespescadores@gmail.com